



Jesús nos da la mano que nos sostiene

03/08/2010

Evangelio: Mt 14,22-36

En aquel tiempo, inmediatamente después de la multiplicación de los panes. Jesús hizo que sus discípulos subieran a la barca y se dirigieran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Después de despedirla, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba él solo allí.

Entre tanto, la barca iba ya muy lejos de la costa y las olas la sacudían, porque el viento era contrario. A la madrugada, Jesús fue hacia ellos, caminando sobre el agua. Los discípulos, al verlo andar sobre el agua, se espantaron y decían: "¡Es un fantasma!" Y daban gritos de terror. Pero Jesús les dijo enseguida: "Tranquilícense y no teman. Soy yo". Entonces le dijo Pedro: "Señor, si eres tú, mándame ir a ti caminando sobre el agua". Jesús le contestó: "Ven". Pedro bajó de la barca y comenzó a caminar sobre el agua hacia Jesús; pero al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, comenzó a hundirse y gritó: "¡Sálvame, Señor!" Inmediatamente Jesús le tendió la mano, lo sostuvo y le dijo: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?". En cuanto subieron a la barca, el viento se calmó. Los que estaban en la barca se postraron ante Jesús, diciendo: "Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios". Terminada la travesía, llegaron a Genesaret. Apenas lo reconocieron los habitantes de aquel lugar, pregonaron la noticia por toda la región y le trajeron a todos los enfermos. Le pedían que los dejara tocar siquiera el borde de su manto; y cuantos lo tocaron, quedaron curados.

Oración introductoria:

Jesús, yo como los apóstoles, a veces dudo. Otras veces me lanzo, pero a medio camino, frente a las dificultades, mi fe se debilita; por eso te pido, con todo mi corazón, que aumentes mi fe, ensanches mi esperanza e inflames mi caridad.

Petición:

¡Señor, hazme ser testigo de esperanza!

Meditación:

"Tal vez en más de una ocasión a cada uno de nosotros nos ha acontecido lo mismo que a Pedro cuando, caminando sobre las aguas al encuentro del Señor, repentinamente sintió que el agua no lo sostenía y que estaba a punto de hundirse. Y, como Pedro, gritamos: 'Señor, ¡sálvame!'. Al levantarse la tempestad, ¿cómo podíamos atravesar las aguas fragorosas y espumantes del siglo y del milenio pasado? Pero entonces miramos hacia Él... y Él nos aferró la mano y nos dio un nuevo 'peso específico': la ligereza que deriva de la fe y que nos impulsa hacia arriba. Y luego, nos da la mano que sostiene y lleva. Él nos sostiene. Volvamos a fijar nuestra mirada en Él y extendamos las manos hacia Él. Dejemos que su mano nos aferre; así no nos hundiremos, sino que nos pondremos al servicio de la vida que es más fuerte que la muerte, y al servicio del amor que es más fuerte que el

odio. La fe en Jesús, Hijo del Dios vivo, es el medio por el cual volvemos a aferrar siempre la mano de Jesús y mediante el cual Él aferra nuestra mano y nos guía” (Benedicto XVI, 13-04-06).

Reflexión apostólica:

Todo lo humano necesita algo en lo cual anclarse, algo que no pueda hundirse o desaparecer. La esperanza del cristiano no se basa en ideas o en previsiones humanas, sino que se funda en Dios. Dios es nuestra firme esperanza. Sólo Él es nuestra seguridad.

Propósito:

Renovar mi fe en Jesús en los momentos de dificultad.

Diálogo con Cristo:

Señor, ayúdame a ser fuente de esperanza para los demás, porque mi esperanza es esencialmente esperanza para los demás. Sólo así es verdaderamente esperanza cristiana. Quiero terminar mi oración haciendo un acto de completa confianza en ti y desprenderme de aquellas seguridades materiales o humanas que me separan de ti.

«Intensifica tu vida de Sagrario, ahí encontrarás tu fuerza y tu sostén» ([Cristo al centro](#), n. 759).